

# Sensibilidad y vida espiritual

## Breve elogio de la experiencia estética

.....  
**Antonio Sánchez Orantes**

Profesor del Estudio Teológico Claretiano  
 Madrid  
 .....

### 1. El caminar de la vida cristiana

Dice San Agustín:

«Dos trompetas suenan de modo diverso, pero un mismo Espíritu insufla el aire en ellas. La primera dice: Bello de aspecto, el más bello de los hijos de los hombres; y la segunda, con Isaías, dice: Lo hemos visto. En Él no había ni belleza, ni decoro. Las dos trompetas son tocadas por un mismo Espíritu; por eso, no desafinan en su unísono tocar. No tienes que renunciar a escuchar, sino intentar comprender. Leamos al Apóstol Pablo —prosigue el santo obispo de Hipona— para escuchar cómo nos explica la perfecta armonía de las dos trompetas. Suena la primera: El más bello de los hijos de los hombres que siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios. He aquí en qué sobrepasa en belleza a los hijos de los hombres. Ahora toca la segunda: Lo hemos visto y no tenía ni belleza, ni decoro, porque se humilló a sí mismo, tomando la forma de siervo, actuando como un hombre cualquiera. No tenía ni belleza, ni decoro, para darte a ti belleza y decoro. ¿Qué belleza? ¿Cuál decoro? El amor de la caridad; para que tu puedas correr amando y puedas amar corriendo»

Agustín, *In Io.* Ep. 9,9

Interpretación musical afinada; visión sensible de esperpento (sin decoro) y de belleza («el más bello de los hombres»); audición delicada; escritura sublime; ejercicio supremo de amor sensible. Estética cristiana: Vida engendrada por el soplo del Espíritu; vida espiritual en la carne, encarnada; verdadero camino de vida cristiana.

Porque la fe en el Dios revelado por Jesús de Nazaret, el Cristo, acontece allí donde se experimenta el terrible

peso de una «escisión» y, por eso, la ardua tarea de una «reconciliación». La «belleza» del Resucitado es tan preclara como preclaro es el «esperpento» del Crucificado. Y una arcana sabiduría, tejida por el Espíritu en el seno de la historia humana, nos enseña a «resistir» la fácil tentación de oponer las dos figuras e invita a «someternos» a la verdad que acontece en su benéfica unidad, que nunca podrá negar su diferencia implacable.

Unidad de resistencia y sumisión. Unidad de esperpento y belleza. Unidad de contrarios. Imposibilidad para una «razón lógica» regida por el supremo principio de no-contradicción que logra el Orden Eminente por oposición/exclusión. Uniformidad apática. Platonismo y estoicismo ocupando el espacio de la Palabra de Dios, que siempre es Revelación de una Gran Pasión.

Los discípulos, narra la Palabra, ven/tocan las heridas del Resucitado. El Espíritu, su arcana sabiduría, enseña la belleza del Resucitado no como deleite para una sensibilidad en búsqueda de compensaciones placenteras: auto-complacencia; sino como belleza engendrada por esperpénticas heridas, inocencia violada, causadas por una apasionada fidelidad, no imaginada, históricamente probada: la apasionada fidelidad de Dios a toda carne humana. Amor sin medida, sin «canon», sin racionalidad griega, desmesurado.

La sabiduría arcana del Espíritu no invita, pues, al esteticismo: estética inmadura; gratificación sin realidad; puro encanto de un «todavía-no» solamente pensado; alusión, sin la austeridad de la carne, de la historia, a un «paraíso» incapaz de dar frutos de vida. Quizá postmodernidad, pero, también, y sobre todo, filosofía platónica ocupando el lugar de la Palabra Encarnada de Dios.

La sabiduría arcana del Espíritu muestra, los discípulos ven/tocan las

heridas del Resucitado, belleza madura, enraizada en la historia, en heridas de carne: invitación a una Estética adulta cuya «levadura» es el grito esperpéntico de una entrega que desea apasionadamente «trocar la muerte en vida».

Estética adulta, sabiduría arcana del Espíritu: Invitación a ver/tocar en la carne humana la derrota definitiva del mal por la Misericordia de Dios, que es el Hijo: «El más bello de los hombres» porque no quiso ávidamente ser igual a Dios para mostrarnos el camino de la verdadera belleza humana. Derrota definitiva del mal, pues, en la carne humana, carne engendrada por la bondad divina.

Y un sólo obstáculo impide esta «visión/toque» de la misericordia divina: la incredulidad, la incapacidad para reconocer que Dios ama apasionadamente la vida, la única vida, la carne que maravillosamente se levanta cada día.

Incapacidad para reconocer al Dios que ama la vida, incredulidad nacida de una sugestión maligna, tentación original, que inclina al hombre a imaginar una oscura celotipia mortal en el seno de la vida divina. Como si Dios hubiese visto en el séptimo día, al contemplar descansadamente su amoroso acto creador, la amenaza de una rivalidad insostenible que debe ser destruida. Como si Dios necesitase para ser Dios, para afirmar su divinidad, aplastar la belleza de su creación y la belleza de su criatura preferida: el hombre. Si fuera así, poco Dios sería. Pero la sugestión imaginativa, tentación original, se impone.

Pero no nos equivoquemos. La sugestión maligna no es el resultado de una sensibilidad corporal, lasciva, lozana, juguetona, alegre. Desnudos, no olvidemos, nos engendró Dios para que pudiésemos jugar, con plenitud, el «juego del amor» —por cierto, también, unidad de contrarios lograda por pasión y, por eso, experiencia mística—.

Y se necesita haber perdido en demasía la experiencia de ser cuerpo para no reírse, a grandes carcajadas, de la insinuación de la serpiente: «puedes llegar a ser como Dios».

No. La sugestión maligna no procede de la sensibilidad sino de una razón que al desentenderse por abstracción, otra vez Platón, de la experiencia de felicidad que provoca el ver/tocar/gustar la vida creada y, también, el poder de engendrar vida, cae en las garras de una imaginación descarnada, delirante, incapaz de principio de realidad y, por eso, generadora de monstruos omnipotentes: esperpentos sin belleza; deleites sin realidad. Muerte que termina en muerte, muerte que mata la vida. Esto es: pecado original.

La razón, atrapada por la imaginación descarnada, delirante, narcisismo infantil, omnipotencia del deseo, es incapaz de reconciliar esperpento y belleza, sombra y luz, justicia y misericordia y, por eso, frustra toda generación de vida.

La razón atrapada por la imaginación descarnada, delirante, narcisismo infantil, omnipotencia del deseo, es incapaz de «unidad de contrarios» y, por eso, queda clausurada en el «principio de no-contradicción» incapacitándose para la experiencia mística, incapacitándose para el Misterio.

La razón, atrapada por la imaginación descarnada, delirante, narcisismo infantil, omnipotencia del deseo, necesita ser redimida. Y es el esperpento del Crucificado, que sólo la sensibilidad puede mantener en su verdad — «mirad el árbol de la Cruz», grita la Liturgia Cristiana con tremenda y austera solemnidad—, quien redime, al derrotar, precisamente, imaginadas resurrecciones: bellezas sin carne porque nada saben, ni desean saber de «heridas de muerte», de esas «heridas» que sufre la carne cuando se entrega a la tarea de crear, a la tarea de engendrar vida, a la tarea de entregar

la vida para que otros vivan: Dolor, inmundicia, sangre, parto... esperpento que culmina en la belleza de la vida, la única vida humana, la carnal.

## 2. La sensibilidad cristiana

La sensibilidad espiritual cristiana necesaria para apreciar la verdad que se anuncia en la benéfica unidad de esperpento y belleza: Jesucristo muerto y resucitado, no es, pues, una alternativa a la sensibilidad corporal. Al contrario, es la misma sensibilidad corporal «educada» para vencer a la imaginación descarnada y, por eso, «configurada» para imaginar (inteligencia) caminos realizables y, por eso, exigibles (voluntad) de vida (sensibilidad): Libertad/Verdad encarnada. Libertad/Verdad revelando la grandeza de una carne, la humana, habitada por el Misterio de Dios.

Sólo así el hombre podrá cumplir su verdadero destino: mostrar que la vida humana entera —no solamente esa «parte» que los griegos, otra vez Platón, llamaron «alma»— ha sido redimida por la Resurrección de una Carne herida.

Sensibilidad espiritual, sensibilidad cristiana, sensibilidad corporal no negada, sino educada para el don del Espíritu, para su sabiduría arcana:

- Se trata de otorgar al cuerpo la libertad de expresarse como cuerpo y en este «espacio» de fidelidad a la carne el Espíritu trabajará, hará su obra: ¿no fue este el camino elegido por el «más bello de los hombres»?
- Pero aún más. Se trata de encontrar en las expresiones del cuerpo la presencia del Resucitado que sólo el Espíritu puede mostrar, enseñando, así, la verdad de la Redención: ¿o acaso no es este el principio originante de nuestra fe?
- Y todavía más. Se trata de resistir a la tentación de querer ser dioses para desear ser lo que somos: hombres y mujeres de cuerpo entero:

¿no es esta la primera página de nuestra Biblia?

- Se trata, en definitiva, de amar lo que desde el inicio fue amado: al hombre y a la mujer tal como fueron creados, porque nunca se podrá olvidar que este amor provocó el esperpento/belleza de la Crucifixión/Resurrección: ¿O acaso la creación no anuncia ya el amor redentor de Dios?

Llegar a sentir la acción del Espíritu mostrando la presencia actual y actuante de la Redención en la carne humana constituye el culmen de la experiencia estética en su «forma» propiamente cristiana. Pero esta sensibilidad ni se improvisa, ni puede agotarse en un superficial entusiasmo. La sensibilidad cristiana debe ser objeto no de represión, sino de formación apasionada y tenaz. Formación que debe ser exigida, con temor y temblor, porque en ella se juega la derrota del «pecado original», es decir, la derrota de la insensibilidad de Adán para descubrir la belleza/amor/presencia de Dios en toda realidad creada. «Insensibilidad original» que cuando no es derrotada genera el deseo desordenado de «mundos» que ocultan la obra del único Creador. «Mundos globalizados» ocultando la belleza de la creación: esperpentos sin bellezas; monstruos que matan la vida única, verdadera, buena y bella; opción anti-ecológica porque no entienden de gracia, de regalo, de don. Poder y comercio: deseos de hombres, o de un hombre que se cree Dios y que anuncia la «salvación» en la tala de árboles, en tambores de guerra, en la opresión de los débiles, en operaciones bélicas bautizadas con blasfemos títulos que denigran, ultrajan la «justicia misericordiosa de Dios».

## 3. La educación de la sensibilidad cristiana en nuestra Iglesia

Creo que no puede ser negado: la formación cristiana actual ha olvidado la

educación de la sensibilidad humana. ¿Cuánto tiempo dedicamos a educar la sensibilidad para aprehender/expresar la belleza? ¿Dónde en nuestros programas de estudio la reflexión estética? ¿Cuántas asignaturas para aprehender las posibilidades catequéticas de la Belleza?

Y no se trata de una concesión a corrientes postmodernas... ¿Podrá una sensibilidad no-educada para aprehender el resplandor sensible de la verdad, la belleza, ser afectada por el «más bello de los hombres», resplandor sensible de la verdad de Dios? Y, por eso, porque nos jugamos el ser afectados por el «más bello de los hombres», tampoco se trata del «cultivo del espíritu» en tiempos de ocio.

Se trata de la educación esforzada y tenaz de la sensibilidad humana como condición sin la cual no hay acceso a la Verdad Encarnada. Se trata de la necesidad de una auténtica «educación sentimental» cristiana que debería otorgar la capacidad de discernimiento, no en esos espacios privilegiados que llamamos experiencias fuertes de fe, sino en la vida cotidiana. «Educación sentimental» que enseñaría, precisamente, a discernir ese «continuum» de impresión, pasión, emoción, atracción, repulsión, motivación, juicio y proyecto inteligente que constituye toda vida humana.

Nuestra teología al olvidar este «continuum» ha caído en la obsesión, a veces casi neurótica, de la exégesis científica, del dogma, de la didaskalia, incapacitándose para introducir en la inteligente aprehensión de los símbolos que regeneran la vida humana.



¿O acaso cree alguien que nuestros textos capacitan/expresan la experiencia afectiva de Dios? Doctor en la Iglesia no es sólo Agustín y Tomás, también Juan de la Cruz y Teresa. ¿Pero quién se atreve hoy a presentar la verdad de Dios en el lenguaje sensible de la poesía o en la ingenua narración, castellano vulgar y fino, de una experiencia vivida? ¿Dónde están en nuestras reflexiones dogmáticas las experiencias estéticas, sensibles, de la mística?

¿Y qué decir de nuestra actividad pastoral? ¿Qué tiene de calidad evangélica el mantener alta la temperatura emotiva de un grupo; el atraer con ocasionales y espectaculares encuentros masivos; el seducir con «experiencias emocionales» planificadas? El puro requerimiento emotivo, sistemáticamente programado, burdo sustituto de una «afección sensible discernida», manipulación de la experiencia estética, porque buscando rendimientos utilitarios, olvida la naturaleza de la gracia, quiebra la bella semblanza del Seguimiento Cristiano. La obsesión por la exhibición, por hacerse notar a toda costa engendra una vulgaridad espiritual que nada tiene que ver con el Evangelio Cristiano, con ese

encuentro íntimo, personal, delicado, respetuoso, bello, radicalmente bello del Maestro con los hombres y mujeres de su tiempo.

Vulgaridad espiritual que se encarna sensiblemente —toda actividad humana quierase o no, repetimos, tiene su estética— en el esquematismo dogmático de una catequesis que reduce la experiencia del Encuentro:

- o a la aceptación resignada de un penoso deber —mortificación

masoquista, que algunos hasta llegan a confundir con la «norma moral»—;

- o a su extremo contrario, la excitación de la fiesta —el placer de la gratificación, que algunos llegan a confundir con «experiencia mística»—.

Esquematismo dogmático de una catequesis que convierte, también, el discipulado en la necesidad de tener un enemigo a batir para reconciliarse con la identidad creyente, que porque nunca fue experiencia afectiva, gratuitamente sentida, presenta como «tarjeta de visita» el dogmatismo, la agresividad, el rencor, la violencia, la condena y la excomunión, signos de exceso de voluntarismo (Pelagio) o quizá, peor aún, de represión. Fundamentalismo que anula la «sagrada eficacia» de la Buena Noticia, la «sagrada eficacia» de la proclamación de un «Tiempo de gracia»

Y, por último, nuestra Liturgia, fuente y culmen de la experiencia de fe: ¿podrá salir, algún día, del ritualismo nefasto sin una adecuada educación de la sensibilidad humana? ¿Cómo abrir los ojos para ver la Luz Ciriál que ilumina la Noche Pascual cuando teóricamente hemos llegado a

la convicción y afirmamos con rotundidad que nuestros obtusos ojos nos desvían de la Verdad de Dios? ¿Cómo ver la Luz de Dios con los «ojos cerrados»? ¿Cómo comer/gustar, saborear la sabiduría de Dios, pan y vino, presencia real, cuando nuestro obsceno gusto nos separa de Dios? ¿Cómo acariciar al prójimo con el «ósculo de la paz» cuando nuestro impúdico cuerpo es siempre fuente de mal?

Sin fe en el cuerpo, en la sensibilidad, el rito/símbolo litúrgico se convierte siempre en homilía larga, bajo la justificación, eso sí, de que no existe otro tiempo para enseñar... ¿o no será, quizá, que rechazamos la sabiduría acogedora, sencilla, sensible, corporal, del pueblo llano?

Rito/símbolo litúrgico reducido a homilía larga que adormece la sensibilidad, seca el corazón, impidiendo la experiencia afectiva de Dios.

La verdadera Teología —como la verdadera Filosofía— es «saber nocturno»: levanta su vuelo cuando las experiencias diurnas, las experiencias realizadas a la luz del día, despiertos, cuando se puede ver, oír, tocar, gustar, oler, terminan. Sólo entonces, insistimos, cuando éstas experiencias diurnas terminan, y sobre la verdad que brindan, adquiere sentido el hacer teológico. ¿O acaso creemos que nuestras largas y sesudas moniciones, y nuestras más largas y sesudas homilías, y nuestros pesados textos de teología pueden engendrar/controlar/sustituir la experiencia de Dios? ¿No tendría que ser la teología narración cuidada de dicha experiencia? ¿No se escribió así nuestro gran libro de teología, la Biblia? Pero la obsesión por ser maestros; la obsesión por la didáctica, ¡que terrible obsesión!; el deseo de ocupar el puesto de Dios, otra vez pecado original; el deseo de que nuestras palabras ocupen el lugar de la suya, mata la experiencia de fe, mata la experiencia mística, imposibilitando la teología como «saber noctur-

no», como narración de la experiencia que sólo puede ser ofrecida por el Dios de la Vida, por el Dios de la gracia.

Ahora bien, como narración de la experiencia estética, sensible, que el Dios cristiano, por ser Dios Encarnado, provoca, el saber teológico no sólo alcanza sentido, sino que se muestra como radicalmente necesario. Porque es evidente que la experiencia estética perseguida como alternativa al ejercicio de la razón y la voluntad, experiencia sensible reducida a pura fascinación, aleja, igualmente, de la verdad mística, de la verdad engendrada por la «unidad de contrarios», provocando aquel conflicto que impide la deseada reconciliación de esperpento y belleza, de cruz y resurrección.

Por eso, la experiencia estética también debe ser redimida allí donde su resultado sea la fácil oposición de esperpento y belleza, de cruz y resurrección, origen de mundos imaginarios que impiden la vida unificada, verdadera, buena y bella. Pero esto acontece, precisamente, cuando la sensibilidad humana no ha sido educada para encontrar la sabiduría arcana del Espíritu entre las «cosas de la tierra».

Sabiduría «arcana» del Espíritu, «inteligencia sentiente» cristiana: razón y voluntad, fundamentos de experiencia ética, enseñando a la sensibilidad, experiencia estética, caminos de reconciliación para el esperpento y la belleza, para la cruz y la resurrección. Pero, también, sensibilidad, que al experimentar el insoportable sinsentido del sólo esperpento, el desorden engendrado por la «tentación original», exige a la razón y a la voluntad que no deriven en mundos imaginarios, descarnados, delirantes, sino que muestren (inteligencia) caminos realizables (voluntad) para que la sensibilidad pueda gozar (frucción) de la Belleza, sin negarse a sí misma y sin negar la realidad.

#### 4. Conclusión: Aprender a ver/gustar/tocar para encontrar a «Dios en todas las cosas»

Así como no basta liberarse del latín o retornar a él para (re)encontrar a «Dios en todas las cosas»; y así como no basta desnudarse o cubrirse pudorosamente para hacer accesible el delicado encanto de la pasión amorosa; así mismo tampoco es suficiente alejarse del cuerpo o reafirmarse en él para alcanzar la Verdad del Espíritu. La sabiduría cristiana más advertida no ha dejado de denunciar la ingenuidad de tales prejuicios: «a todos los niveles» (como se dice hoy cuando no se sabe exactamente dónde).

Se trata, ya lo hemos dicho, de educar la sensibilidad humana y muy humana para que sea cristiana y, así, pueda ser «sacramento», presencia real, de la Redención que alcanza todas las dimensiones de la persona.

Porque a despecho de la Serpiente, Dios recose para sus criaturas, apenas nacidas y ya deficientes, vestidos de piel y vínculos indefectibles (Gn. 3, 21-22). Ciertamente la mujer parirá con dolor: pero en su vientre será engendrada la victoria. Sin vientre femenino no hay historia de salvación. Y desde entonces todo vientre es sacramento de salvación. Porque es en la carne humana, en el quehacer humano y muy humano donde el Mal es derrotado. Y, por eso, todo cuerpo se constituye en «espacio» donde acontece la Verdad de la Redención.

Y nuevamente aparece el obstáculo que imposibilita la experiencia afectiva de la inmensa ternura de Dios; pero, ahora, sutilmente formulado: la interpretación de la vida humana desde la consideración de la finitud como pérdida de ser. Consideración esperpéntica, sin belleza, porque la finitud será siempre manera de ser: unidad, verdad, bondad y belleza... por participación, evidentemente, porque uno sólo es el Creador... pero la finitud es unidad, verdad, bondad y belleza: ser

en el Ser. Una vez más nuestra profunda convicción: la ternura de Dios no puede penetrar allí donde el hombre y la mujer no quieren ser lo que son. Tentación de la Serpiente: «Dios teme que lleguéis a ser como Él». Tentación que niega, precisamente, la posibilidad de la participación real en la vida íntima de Dios.

Este es precisamente el objetivo que busca la formación cristiana de la sensibilidad humana: enseñar a ver/gustar/tocar para que la gran intuición cristiana, la participación en la vida de Dios de toda realidad creada, no sea un concepto abstracto, sino la experiencia efectiva y afectiva de la ternura de Dios, aprehendida no en mundos ilusorios, sino en la realidad, en la única realidad que Dios al crear amó.

Aprender la «verdad que no es de este mundo» viendo/tocando/gustando el mundo real, el único, el creado, es la sabiduría que ofrece la educación estética, enseñando, así, afectivamente, sensiblemente, el «obrar» real, no abstracto, de la gracia: vida trinitaria encarnada.

Porque la sabiduría estética, la sabiduría de la belleza, habla el lenguaje del don: donar expresión a la materia inerte; donar materia a las inertes ideas; animar y crear, inventar y jugar. Y al hablar el lenguaje del don, de la gratuitidad, la sabiduría estética obliga (deber: eticidad) al hacer creativo humano a asomarse con inteligencia a la «verdad que no es de este mundo». Ciertamente el hombre no crea «ex nihilo»; sin embargo, «lo que existe», cuando ha habido educación estética, es puro pretexto para su «juego» creativo. Un «juego» bastante serio: aventurándose en él, el hombre niega un carácter definitivo a la experiencia inmediata; anuncia la nostalgia de un «nuevo orden»; mantiene despierta la posibilidad de establecer una relación dialogal con el «principio creativo» que engendra toda vida; y, así, abre in-

cesantemente «camino» entre la pura objetividad, creación de una «razón lógica» clausurada en la descripción/explicación utilitaria, y la pura subjetividad, en busca siempre de la satisfacción inmediata del deseo. «Camino abierto» entre la pura objetividad y la pura subjetividad donde acontece la posibilidad de generar «símbolos» y, por eso, la posibilidad de aprehender inteligentemente la belleza sensible que la pedagogía sacramental ofrece.

Insistimos con otras palabras. Cuando se sostiene la pura instrumentalidad de lo sensible, cuando se llega a este convencimiento y así se explica, la vida humana queda sometida a la anómica tiranía de lo orgánico. Por eso, no es casualidad que en nuestra cultura el exceso de «razón lógica», despreocupada irresponsablemente de la forma sensible, conviva con la creciente ingobernabilidad de estados emocionales provocados, precisamente, por una sensibilidad no educada y, en algunas posiciones ideológicas, que se definen como altamente formativas, incluso reprimida. Un juego sin reglas, en efecto, no es juego. Y cuando se trata de las emociones provocadas por una sensibilidad no educada, sin forma, los estados de confusión que provoca suscitan ansiedad y, sobre todo, agresividad destructiva. Y la barbarie de una sensibilidad anómica, sin forma, sin educación, por olvido o represión, puede ser encontrada, últimamente, y con frecuencia inusitada, en muchas formas de vida que aspiran a encarnar visiblemente la verdad de Dios.

Termino. Exigencia radical, pues, de educar la sensibilidad humana. Y su educadora ha sido siempre la estética: la sabiduría de la belleza, la sabiduría del resplandor sensible de la verdad.

La esencia de la belleza, decíamos más arriba, es la donación: dar expresión a la materia, dar materia a las ide-

as, animar y crear, inventar y jugar. La sabiduría de la belleza habla siempre el lenguaje del don, de la gracia. Por eso, allí donde se imparta surgirá siempre la pregunta que los humanos raramente osamos formular: ¿es este realmente el mejor de los mundos posibles? Y el maestro que ha sabido educar para unir esperanto y belleza, cruz y resurrección; y el alumno, que ha contemplado con «ojos abiertos» la cruz, «tocado» las heridas del resucitado y «gustado» el sabor de la sabiduría de Dios, pan y vino consagrado, responderán exigiendo una nueva unidad de contrarios, imposibilidad, no olvidemos, para la «razón lógica». Responderán diciendo que la belleza mantiene el deseo de un mundo cuya Belleza no puede reflejarse en el único que habitamos. Por eso, su verdad no será nunca de este mundo. Pero afirmarán, también, con rotundidad que dicha verdad no siendo de este mundo está en él: allí donde se rechaza el puro dominio de lo existente y con el sufrimiento de la creación, que abre siempre heridas de carne, se posibilita un «espacio» para la encarnación del mundo bello deseado. Espacios sensibles para el cuerpo. Espacios estéticos. Espacios bellos.

Es la misión abierta por el Espíritu para la «inteligencia sentiente» cristiana en Calcedonia, hace ya muchos siglos. Porque el dogma nos ha enseñado que nuestro Dios, el Dios narrado por Jesús, el Cristo no es un dios olímpico, griego, encaramado en una lejana cima cubierta por una gran y terrible nube, sino el Dios sufriente que se encarna en el barro del que estamos hechos, compartiendo nuestras necesidades y quebrantos, para que sintamos sensiblemente, nosotros, los humanos, la belleza y el decoro. ¿Qué belleza? ¿Cuál decoro? El amor de la caridad; para que puedas correr amando, ejercicio sensible, corporal; y puedas amar corriendo, ejercicio estético de la sensibilidad.